

FUNDAMENTOS DE ANÁLISIS POLÍTICO

Open Course Ware



FUNDAMENTOS DE ANALISIS POLITICO

Open Course Ware - UPV-EHU

Igor Ahedo Gurrutxaga (Creative Commons License)



Profesor

Igor Ahedo Gurrutxaga

Departamento de Ciencia Política y de la Administración

Universidad del País Vasco – Euskal Herriko Unibertsitatea

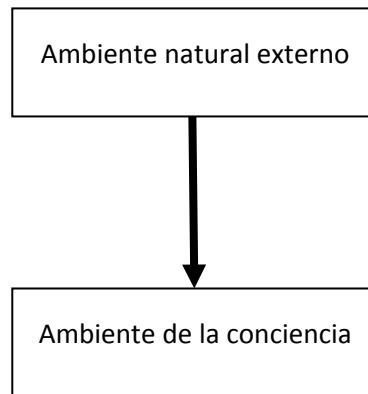
Tema 2

AMBIENTE NATURAL Y DE LA CONCIENCIA

Sztompka propone un modelo que parte del ambiente natural para adentrarse en el ambiente de la conciencia desde la doble dimensión invididual y colectiva. En este Tema 2 analizaremos el ambiente de la conciencia desde su dimensión externa y desde su dimensión interna, relacionándolo con las estructuras y los actores, en la lógica dinámica que subyace a esta asignatura de Fundamentos de Análisis Político

Habida cuenta de que el ambiente externo natural es variable, poco podemos añadir en una operacionalización genérica de nuestro modelo. Simplemente, señalar que éste en muchas ocasiones no ha sido considerado, ocultándose de esta forma muchas variables explicativas de los conflictos y los procesos de cambio (o no cambio) político. A modo de ejemplo baste señalar que el ambiente natural tiene una influencia obvia en revoluciones como la cubana, en escenarios políticos como el que se da actualmente en Islandia, en el acontecer de la revolución en un Egipto que es frontera con Israel y que cuenta con un paso geoestratégico como es Suez, o en procesos de articulación identitaria vecinal en barrios aislados hasta fechas recientes como sucede en Rekalde.

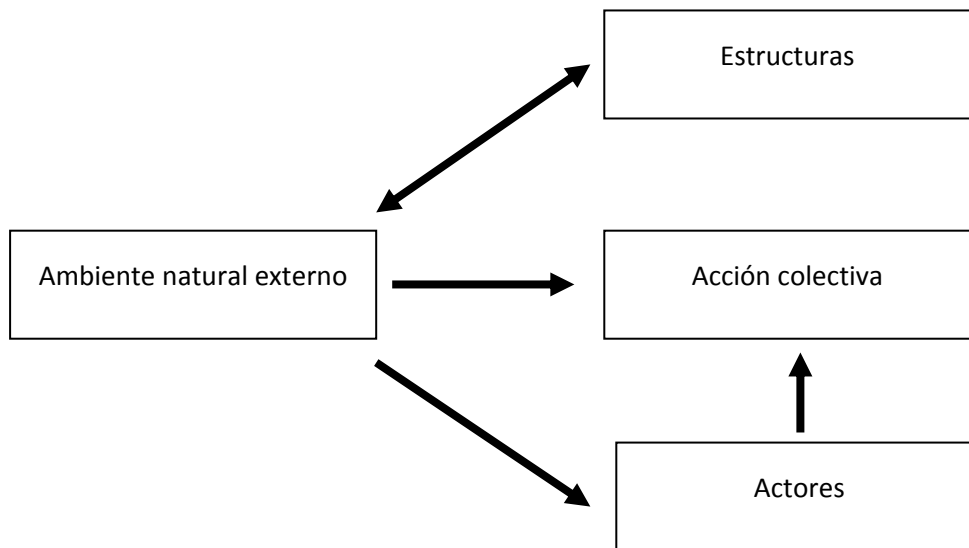
Influencia del medio ambiente sobre la conciencia



Fuente: elaboración propia

En consecuencia, es necesario desvelar la relación dialéctica entre el ambiente natural externo y las estructuras y los actores. Así, en casos como el de Rekalde, el aislamiento del barrio es deudor de una estructura urbanística fracturada, propia del diseño urbano decimonónico, tendente a la separación física de la ciudad burguesa y la ciudad proletaria. Pero, en paralelo, este aislamiento es el punto de partida para la acción estratégica de los actores vecinales, que aprovechan estas oportunidades para vertebrar una potente identidad. Una identidad, no olvidemos, orientada no solo a la dimensión defensiva vertebradora de la comunidad, sino también a una acción ofensiva que busca, en última instancia, la superación del aislamiento a través de demandas de inclusión, en términos de igualdad ciudadana, dirigidas hacia las instituciones políticas.

Relaciones entre medio ambiente y el resto de variables



Fuente: elaboración propia

2.1.- Ambiente natural biológico

Si continuamos con el modelo propuesto por Sztompka, además de considerar el ambiente natural externo, debemos acercarnos al análisis del ambiente natural interno, que este sociólogo identifica con los componentes de la naturaleza biológica humana. Esta cuestión obliga a acercarnos a otras disciplinas, como la neurología o la biología, para lo que fundamentalmente nos apoyaremos en los recientes trabajos de Antonio Damasio, quien describe el mecanismo básico del comportamiento humano en términos de una búsqueda de equilibrio (homeóstasis) que garantice la continuidad del organismo, fundamentando el comportamiento a partir de un doble principio de búsqueda del bienestar y huida del dolor.

Para este neurocientífico, la mente solo se entiende desde la ruptura del dualismo entre cuerpo y cerebro: *“dado que los mapas cerebrales explícitos son el sustrato de las imágenes mentales, los cerebros que elaboran mapas tienen la capacidad de introducir*

literalmente el cuerpo como contenido en el proceso de la mente” (2010, 147). Unos mapas que, siguiendo los presupuestos de la biología, están orientados a actuar en función del valor biológico de los estímulos. Concretamente, para Damasio, si el valor biológico es la capacidad de gestión de la vida, se entiende perfectamente que la clave de todo organismo sea la capacidad de supervivencia de su cuerpo el tiempo suficiente como para garantizar, a través de la reproducción, el mantenimiento de la especie¹.

La referencialidad del cuerpo sobre la mente tiene varias consecuencias. Por un lado, el cuerpo se convierte en la frontera entre el mundo interior y el medio, siendo el mediador de la capacidad de acoplamiento estructural (en términos de Maturana y Varela -2003-) de los sujetos a la realidad. Dicho de otra forma, las señales del mundo exterior deben cruzar la frontera del cuerpo para llegar al cerebro. En paralelo, esta capacidad del cerebro para ocuparse del cuerpo sienta las bases para el surgimiento de identidad reflexiva en la que descansa el fundamento de la conciencia: la noción de “sí mismo”. Finalmente, la relación entre el cuerpo y el cerebro obliga a incorporar un nuevo elemento determinante para la comprensión del surgimiento de la razón, cual son las emociones, y posteriormente los sentimientos (emociones reflexivas).

La interacción entre el cuerpo y el cerebro se produce a través de indicadores cuantitativos (nivel de oxígeno o glucosa en la sangre y acciones para recuperar la homeóstasis), pero sobre todo a través de señales cualitativas. En ambos casos, el cuerpo interpreta su estado en un continuum que va del placer al dolor, de la relajación a la tensión, del bienestar al malestar, en definitiva, abarcando las sensaciones primordiales. Pero, además de las señales que el cuerpo envía al cerebro, este último también puede simular estados corporales “como si ocurrieran”, lo que permite al cerebro anticipar el estado corporal que puede estar a punto de producirse, logrando así gestionar de forma más eficaz los imprevistos de la vida.

En definitiva, la interacción entre cuerpo y cerebro permite elaborar mapas del estado del organismo y permite anticipar posibles escenarios. Estos mapas, insistimos, se

¹ Una perspectiva similar ha sido apuntada desde la perspectiva sociobiológica en autores como Dawkins (2010), para el que el cuerpo es una especie de vehículo de transmisión de un “gen egoísta” con voluntad de perpetuarse, siguiendo los postulados del neodarwinismo (Wilson, 1980). No obstante, la perspectiva de Damasio concuerda más con la defendida por Margulis y Sagan (2010) o Lovelock (2000) de una parte, o con la elaborada por Maturana y Varela de otra. En ambos casos, y frente a los postulados del neodarwinismo, se supera la lógica evolutiva que parte de una concepción egoísta y agresiva presente en la naturaleza, afirmando el carácter cooperativo de lo vivo.

elaboran en base a dos principios básicos para todo ser vivo: la huida del dolor y la búsqueda del bienestar. Desde esta perspectiva, podemos entender mejor el papel del miedo en la parálisis social, no solo en regímenes totalitarios o autoritarios, sino también en las sociedades democráticas (más en los términos elaborados por Bauman sobre el papel del consumo -o el miedo de perder el acceso a éste- como instrumento de desactivación del conflicto) o en los términos elaborados por Klein (2007) sobre el papel de los Shocks colectivos en la aceptación de las estrategias neoliberales.

2.2.- Ambiente de la conciencia individual

Desde estas premisas, comunes a todos los seres vivos con sistema nervioso, nos introducimos de lleno en el ambiente de la conciencia, y más concretamente, en primer lugar, en su dimensión interna, individual.

Como hemos visto, en esta dimensión interna del ambiente de la conciencia, Sztompka hace referencia a las capacidades biológicas de los distintos grupos humanos. Así, Sztompka parece aludir a estructuraciones biológicas diferenciadas en diversas poblaciones; algo que, a nuestro juicio, es inaceptable, excepto en un sentido: si incorporamos a nuestro modelo, algo por otra parte que creemos que es obligado, un análisis de género.

Así, siguiendo a Brizendine (2008) no solo aceptamos, sino que consideramos relevante para nuestro estudio partir de la premisa de que existen diferencias biológicas y neurológicas entre hombres y mujeres. Concretamente, estas últimas, a grandes rasgos, se caracterizan por una predisposición neural a la mayor empatía, la mejor interpretación de las emociones y una lógica más cooperativa en el caso de las mujeres, frente a una predisposición neurológica masculina que se caracteriza por primar las conductas individuales, la dificultad mayor para captar las emociones y cierta menor capacidad para empatizar. En consecuencia, este elemento puede ser tomado en consideración cuando analicemos los fenómenos políticos en los que las mujeres han jugado un papel más destacado que los hombres. Así es el caso, por ejemplo, de la

capacidad que mostraron las mujeres para acabar con los disturbios en las *banlieu*, en el peso de las madres de familia en la articulación de las primeras asociaciones de vecinos y vecinas de España, o en la importancia de las “mujeres de negro” en los conflictos de la antigua Yugoslavia.

Recientemente, un artículo de El País destacaba la importancia que ha tenido en el cambio que ha vivido Islandia el papel de las mujeres, que frente a las estrategias agresivas e individualistas masculinas, se han transformado en lógicas más cooperativas y empáticas gracias al significativo acceso de las mujeres a los puestos de dirección política y económica de este país. Quizá pueda interpretarse la actual difusión de las ideas feministas, en contraste con otras ideas que gozan de menor impacto como las pacifistas o las ecologistas, precisamente en la capacidad diferencial de las mujeres para empatizar entre ellas, organizarse y difundir sus discursos de forma más eficaz al conjunto de la sociedad.

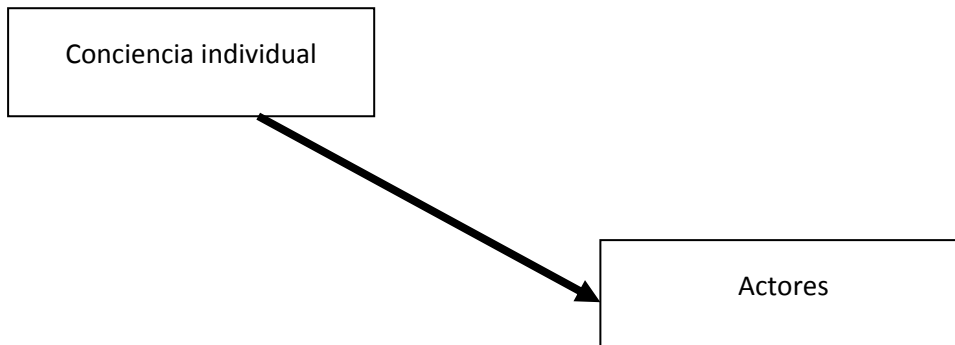
Hecha esta salvedad, no creemos que haya diferentes predisposiciones biológicas en otras facetas. Más aún, creemos que todas las personas (también hombres y mujeres) independientemente de su raza, color, lengua, etc... presentan una configuración biológica y neurológica común.

Esta cuestión nos remite a la dimensión individual (pero común a todas las personas) de la conciencia. Así, desde la biología y la neurología se identifica la base de la conciencia en una identidad reflexiva que necesita del contacto con el otro o la otra. Desde el punto de vista neural, la suma de las partes es más que el todo (genera una conciencia con unas potencialidades increíbles) en la medida en que las partes (los individuos) se reconocen entre sí, apoyados por unas prácticas sociales que son dotadas de sentido gracias, por ejemplo, a unas neuronas espejo, que permiten entender el significado de las acciones del resto² (lo que sienta las bases neurológicas de la lógica

² Las neuronas espejo han sido recientemente descubiertas por el equipo de neurocientíficos de Parma dirigido por Iacomo Rizzolatti, recientemente galardonado con el Premio Príncipe de Asturias. Desde los años 50 se conocía la existencia de neuronas motoras que se activan cuando realizamos un acto. El sorprendente descubrimiento de Rizzolatti es que tenemos unas neuronas que se activan en nuestro cerebro cuando vemos a una persona haciendo un acto. De hecho, las neuronas motoras que se activan en el cerebro de quien realiza el acto son las mismas neuronas espejo que se activan en el cerebro de quien lo ve. Este descubrimiento muestra, en consecuencia, las bases neurales de la empatía, perotambién las de una imitación que aseguran, está en el origen dellenguaje, de la cultura, del arte... y también, de la política. A este respecto ver Rizzolatti (2010) y Iacobonni (2010).

de la acción deliberativa sobre la que se sostiene, de acuerdo con Cohen y Arato (2002), el modo de gestión de la sociedad civil.

Afección de la conciencia sobre el actor



Fuente: elaboración propia

Pero esta vinculación neural entre individuo y sociedad no se detiene aquí, sino que, tal y como ha analizado Damasio (2003 y 2010), también está en la base del mecanismo de toma de decisiones, que este investigador define gracias a su hipótesis del marcador somático (2003).

A juicio de Damasio, desde una perspectiva evolutiva, “*el dispositivo de toma de decisiones más antiguo corresponde al ámbito de la regulación biológica básica; el siguiente, al ámbito personal y social; y el más reciente, al conjunto de operaciones abstractas y simbólicas bajo las que podemos encontrar el razonamiento artístico y científico (...) y los desarrollos del lenguaje y las matemáticas*” (Damasio, 2003: 225). Como no podía ser de otra forma, cada uno de estos mecanismos de la toma de decisiones se corresponde con cada una de las etapas del surgimiento de la conciencia. En las primeras etapas evolutivas, y antes de que surgiera la conciencia (estamos, pues, en el ámbito del *proto sí mismo*), existían mecanismos de gestión de las imágenes cartografiadas. La estrategia consistía en seleccionar aquellas que fueran más valiosas para la gestión inmediata de la vida en los citados términos de huida del dolor y búsqueda del bienestar. Por su importancia para la homeóstasis, en una etapa posterior, y gracias al surgimiento del “*sí mismo central*” y sobre todo, del “*sí mismo autobiográfico*”, estas imágenes “*fueron destacadas*” mediante la reflexión sobre factores emocionales (como sentimientos, entendidos éstos como emociones sentidas reflexivamente), de forma que la intensidad de la emoción es la marca que define la

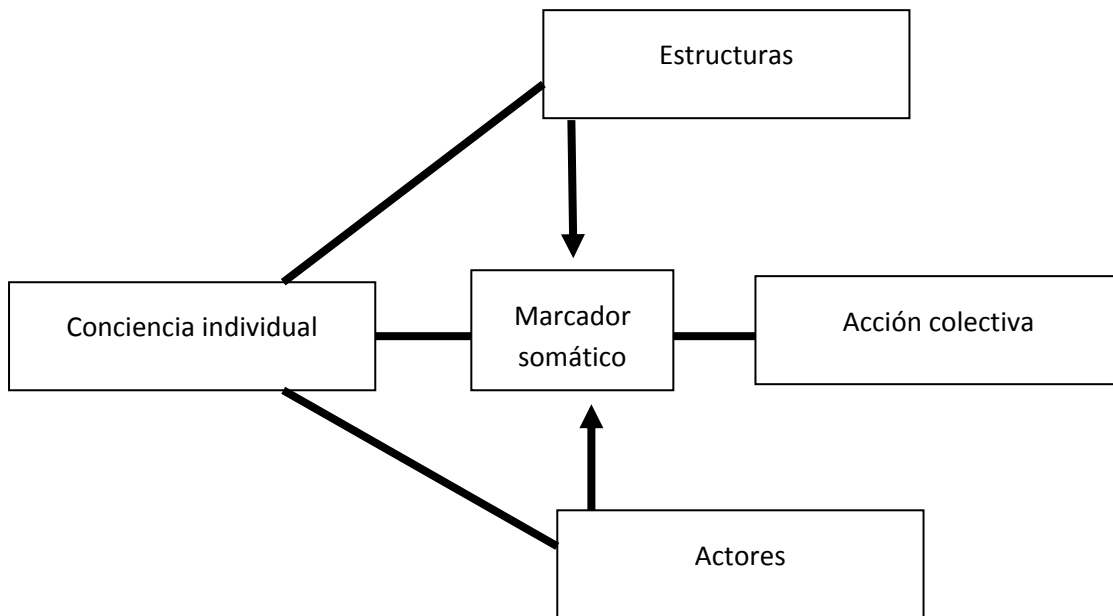
importancia de la imagen. En este sentido, la virtualidad de la hipótesis del marcador somático es que *“ofrece un mecanismo (explicativo) para (comprender) el modo en el que el cerebro realiza una selección de imágenes según su valor”* (ibíd., 268).

Efectivamente, su propuesta ofrece una salida al callejón al que conduce la identificación del la toma de decisiones humanas en términos de una mera acción racional, de forma que el marcador somático *“fuerza la atención sobre el resultado negativo (o positivo, como veremos) al que puede conducir una acción determinada y funciona como una señal de alarma”* (2003, 205). Una señal de alarma corporalizada, que nos impele a rechazar (o seguir) inmediatamente el curso de una acción de previsibles consecuencias negativas (o positivas), y nos permite elegir entre un número determinado de alternativas. Obviamente, este marcador somático, que tiene una potente dimensión inconsciente, se complementa con procesos de razonamiento posterior y de selección final deliberativa, aunque como Damasio recuerda, esto no sucede en todos los casos. En definitiva, *“cuando un marcador somático negativo se yuxtapone a un determinado resultado futuro, la combinación funciona como un timbre de alarma. En cambio, cuando lo que se superpone es un marcador somático positivo, se convierte en una guía de incentivo”* (ibíd.).

Antes de continuar, debemos detenernos para evitar algunos malentendidos. En primer lugar, esta hipótesis del marcador somático no implica un automatismo en el que estos mecanismos “deliberan” por nosotros. Simplemente, los marcadores *“ayudan a la deliberación”* resaltando opciones para actuar. En definitiva, el marcador somático requiere de un sujeto con cierta libertad de elección. De igual forma, esta hipótesis necesita de la existencia de una “teoría de la mente” de cada individuo sobre sí mismo, y de éste sobre los demás. Por eso el marcador somático emerge en las últimas etapas del surgimiento evolutivo de la conciencia, especialmente las ligadas a la creación de un yo autobiográfico. Finalmente, la hipótesis del marcador somático también explica determinados comportamientos asentados en lógicas a largo plazo, de forma que permite la superación de una perspectiva inmediata desagradable, generando un marcador somático positivo gracias a la expectativa de una ventaja futura; cuestión esta que explica el tránsito del ámbito personal y sensorial, al simbólico y abstracto. Y es que, los marcadores somáticos *“se adquieren con la experiencia, bajo el control de un sistema de preferencia interno, y bajo la influencia de una serie de circunstancias*

externas que incluyen no solo entidades y acontecimientos con los que el organismo debe actuar, sino también convenciones sociales y éticas” (Damasio, 2003: 11). Desde esta perspectiva, se entiende que procesos como la emergencia de una potente sociedad civil, o la visualización de una creciente pérdida de capacidad de un régimen dictatorial, puedan limitar el peso del miedo (que como hemos visto se asienta en el principio homeostático de huida del dolor), impeliendo a la gente a desarrollar acciones orientadas en el largo plazo que se asocian con mejora de su bienestar.

Marcador somático como elemento de mediación



Fuente: elaboración propia

Por ello, lejos de apuntalar una perspectiva biologicista, la hipótesis del marcador somático vincula estrechamente la neurología y la sociología de una parte, y la neurología y la psicología de otra, en función de si en la creación de este marcador influyen más las convenciones sociales o la historia individual. Así, como señala Damasio, en la ontogenia de cada individuo, *“la mayoría de los marcadores somáticos que empleamos para la toma racional de decisiones se crearon probablemente en nuestro cerebro durante el proceso de educación y socialización al conectar clases específicas de estímulos con clases específicas de estados somáticos”* (2003: 210).

Como decimos, estos marcadores somáticos están estrechamente vinculados, no solo con la historia personal de cada individuo (lo que vincula la conciencia con la dimensión horizontal de unos actores que se actualizan en la acción), sino con su historia social, en la medida en que cada uno de nosotros está inmerso en una determinada cultura (lo que vincula la conciencia con la dimensión horizontal de unas estructuras que se despliegan en su funcionamiento).

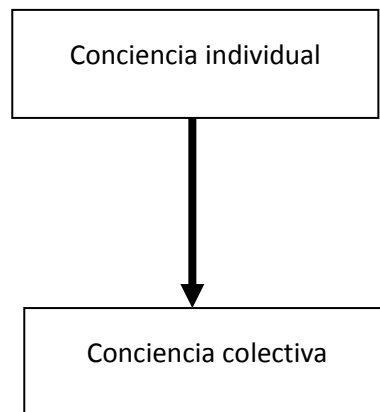
Efectivamente, *“a pesar de sus raíces en la regulación biológica, el dispositivo se ha ajustado a recetas culturales diseñadas para regular la supervivencia de una determinada sociedad. Si suponemos que el cerebro es normal (es decir, carece de déficits neurológicos o psicológicos graves) y que la cultura en que se desarrolla es sana, el dispositivo se ha hecho racional en relación a las convenciones sociales y la ética”* (2003: 243). Es decir, los marcadores somáticos son adaptativos en la medida en que tanto el cerebro de cada individuo, de una parte, como la cultura en la que se inserta, de otra, sean normales. Al contrario, cuando el cerebro (como sucede con el famoso caso de Pyneas Cage), y/o, lo que más nos importa, cuando la cultura es defectuosa, es difícil que los marcadores somáticos sean adaptativos. A tal efecto, Damasio pone el ejemplo de regímenes totalitarios capaces de generar marcadores somáticos perversos como consecuencia de *“una cultura enferma que prevaleció sobre una maquinaria de razón presumiblemente normal, con consecuencias desastrosas”*. Ni qué decir tiene que compartimos esta apreciación. Pero, el gran interrogante es si sociedades democráticas pueden generar culturas enfermas que a su vez activen marcadores somáticos no adaptativos.

2.2.- Ambiente externo de la conciencia: valores, identidades, ideologías y cultura política.

Esta cuestión se puede aclarar más si vinculamos la dimensión neurológica de la conciencia individual con la conciencia colectiva, especialmente con las identidades, relacionándolas, paralelamente, con las estructuras de este momento. Así, la

operacionalización de este modelo debe permitir un abordaje sistemático de la forma que adopta la conciencia colectiva de una determinada sociedad en un determinado momento histórico. En consecuencia, debemos establecer dos tipos de relaciones. De una parte, las que vinculan a la conciencia individual con la colectiva, para lo que nos valdremos de la secuencia que liga los valores individuales con una cultura política colectiva (mediada por filtros conductuales, entre los que destacan las identidades e ideologías). De otra parte, la que vincula a la conciencia colectiva con las estructuras. Obviamente, estas influencias descienden, finalmente, reforzando, reformando o modulando una conciencia individual que, en paralelo, también se transforma en una praxis que está condicionada por las afecciones estructurales.

Relación entre conciencia individual y colectiva



Fuente: elaboración propia

Como decimos, para abordar la primera relación vertical que liga la conciencia individual y la colectiva, la Ciencia Política ha desarrollado un importante aparato de análisis que permite situar a las ideologías y las identidades en un esquema más amplio que las conecta con el sistema de valores de una sociedad (o un grupo) que se encarna individualmente, de una parte, y con las actitudes colectivas o cultura política, de otra.

Efectivamente, desde la perspectiva de la Ciencia Política, cuando un individuo o colectivo decide intervenir –o no– en el proceso político, debemos entender su conducta como la respuesta a una situación que le preocupa, provoca o simplemente le resulta significativa. Desde esta perspectiva, los diversos enfoques politológicos han tratado de elaborar aproximaciones teóricas que fundamenten la conducta individual y colectiva. Ni qué decir tiene que las respuestas han sido variadas y complejas. No obstante, en aras de agilizar este acercamiento, nos detendremos en dos aproximaciones aparentemente

incompatibles, que sin embargo, son trabadas en nuestro modelo de acercamiento al cambio y el conflicto políticos.

Así, los enfoques que parten de presupuestos más economicistas tienden a interpretar al actor en términos racionales, a partir de preferencias definidas claramente que determinan su conducta. Este acercamiento propio de las teorías de la elección racional presupone que los actores persiguen metas claras, que tienen información veraz sobre los acontecimientos, y que hacen cálculos en términos de costos y beneficios. Como hemos visto recientemente, no obstante, este enfoque debe ser matizado a partir de la dimensión emocional que desvela Damasio a la hora de comprender la toma de decisiones en el ser humano. Dicho de otra forma, el cálculo racional es posible, aunque no es la única vía explicativa para comprender la acción colectiva. Precisamente por ello, frente a este enfoque encontramos un acercamiento más sociocultural que entiende que el actor es alguien que ha interiorizado previamente pautas de conducta durante el proceso de socialización. Este enfoque, obviamente, se adecúa mejor a la hipótesis del marcador somático defendida por Damasio. Así, el factor que explica la implicación no es (ni solo, ni siempre, ni siquiera la mayor parte de las veces) el interés racional o utilitario, sino la aceptación de la persona o grupo de la norma social que ha ido integrando a lo largo de su vida.

En última instancia, las insuficiencias del primer acercamiento son las propias de un modelo agencial, a las que se añade los problemas derivados de una comprensión excesivamente racionalizada de la acción, asentada en intereses particulares. En el segundo modelo, se aborda una perspectiva más estructural; pero ésta apenas deja margen de libertad a los actores.

Sin embargo, ambas pueden ser vistas como las dos caras de la misma moneda, siempre que apliquemos un correctivo para sus insuficiencias relativas. En este sentido, los procesos de articulación identitaria realizados por actores de la sociedad civil (cuestión ésta central, que retomaremos más adelante en el análisis detallado de las variables de los actores) permite matizar el carácter utilitario y racionalista del primer enfoque, así como el carácter excesivamente pasivo y estructural del segundo. En este sentido, los estímulos que impulsan la acción pueden, según los casos, los momentos y los condicionantes, ser racionales, utilitarios, deudores de procesos de socialización, o incluso una mezcla de lo anterior unida a la capacidad autogeneradora de identidades

orientadas a la acción autónoma de los actores. En última instancia, se hace necesario un análisis detallado y casi quirúrgico del punto de partida de la acción colectiva (análisis quirúrgico y detallado, dicho sea de paso, que necesita de un modelo de acercamiento que lo haga viable; cuestión ésta que estamos comenzando a presentar).

No obstante, al margen de la necesidad de un enfoque abierto para la comprensión de la acción colectiva en términos plurales, debemos señalar que, independientemente de ello, en la práctica existen una serie de filtros de predisposiciones u orientaciones para la acción que el individuo ha orientado previamente y que le ayudan a definir su intervención en el proceso político. Así, autores como Valles (2010: 257) caracteriza varios rasgos de esos filtros: son propensiones adquiridas; se manifiestan como propensiones estables, persistentes, aunque pueden cambiar, pero de forma lenta; no son perceptibles directamente; presentan diversos grados de intensidad en cada persona; existen correlaciones entre actitudes en las personas. En paralelo, Valles establece una tipología de actitudes en base a orientaciones cognitivas, orientaciones afectivas, orientaciones valorativas y finalmente, orientaciones intencionales. Finalmente, identifica tres elementos explicativos del cambio de actitudes: la experiencia personal, la pertenencia a un determinado colectivo; la influencia del contexto institucional.

En consecuencia, podríamos apuntar que estos filtros son el sistema de mediación entre la dimensión externa (colectiva) y la dimensión interna (individual) de la conciencia. Pero, lo más interesante, es que el origen de estos filtros se puede rastrear gracias a la hipótesis del marcador somático. Adoptando este recurso interpretativo, se entiende mejor su carácter adquirido; su estabilidad pero también su maleabilidad en la mediación de la voluntad reflexiva del actor; su carácter imperceptible; o sus diversos grados de intensidad (que responden a las experiencias emocionales de las personas en términos de acciones que les han provocado a lo largo de su vida malestar o bienestar y que se han somatizado generando marcadores más o menos potentes para la acción).

A su vez, la hipótesis del marcador somático que mediaría entre ambas esferas de la conciencia (la interna, individual y la externa, colectiva) explica el carácter cognitivo de estos filtros, el carácter afectivo (siendo las emociones el elemento central de la activación de marcadores somáticos) y su vertiente valorativa. Pero, en paralelo, la hipótesis del marcador somático no remite a una visión únicamente mecanizada e inconsciente de la acción colectiva. Efectivamente, la dimensión intencional de los

filtros mediados por los **marcadores somáticos** remite a la capacidad de libre albedrío que aporta la conciencia, de forma que el individuo puede limitar el alcance de estos marcadores/filtros, especialmente si toma conciencia de su capacidad de influencia inconsciente sobre sus acciones. Esta cuestión, la posibilidad de una dimensión reflexiva de la acción que mitigue la direccionalidad de los marcadores somáticos, se entiende mejor desde la importancia de la participación del individuo en colectivos. Como analiza Habermas, y como profundizaremos cuando abordemos el análisis de la variable de los actores (vinculada al concepto de sociedad civil), el carácter deliberativo que guía la acción en el mundo de la vida (frente al dinero y el poder como elementos claves de los sistemas económico y político) permite la emergencia de nuevos discursos y prácticas que pueden modificar los filtros previos en la medida en que esta comunicación sea mínimamente institucionalizada en forma de colectivos dotados de derechos (algo, por otra parte, que está en la base del concepto de empoderamiento en los procesos de participación social).

Esta cuestión, en definitiva, remite a la necesidad de combinar los enfoques que acabamos de presentar (instrumental y cultural) a la hora de entender la acción colectiva. Más concretamente, cuando analicemos la variable de los actores, debemos considerar como relevantes los aportes que analizan los movimientos sociales desde su dimensión instrumental, pero combinados con los que abordan su articulación identitaria. Esta combinación de estrategias, intereses, deliberación y comunión identitaria, finalmente, explica la emergencia de nuevos filtros, e incluso la caída de muchos de ellos, que cohesionan a colectivos sociales cuya cultura política se opone a la del sistema; punto de partida, para que trascendiendo la dimensión defensiva de cohesión del mundo de la vida frente a la colonización de los sistemas, se avance en una estrategia ofensiva orientada a la transformación de estos sistemas a partir de los nuevos parámetros deliberativos que emergen de la sociedad civil. En consecuencia, en ocasiones, el marcador somático que paralizaba al individuo y desinhibía su compromiso se diluye gracias a su participación en colectivos de la sociedad civil, y se transforma en otro marcador que le orienta a la acción.

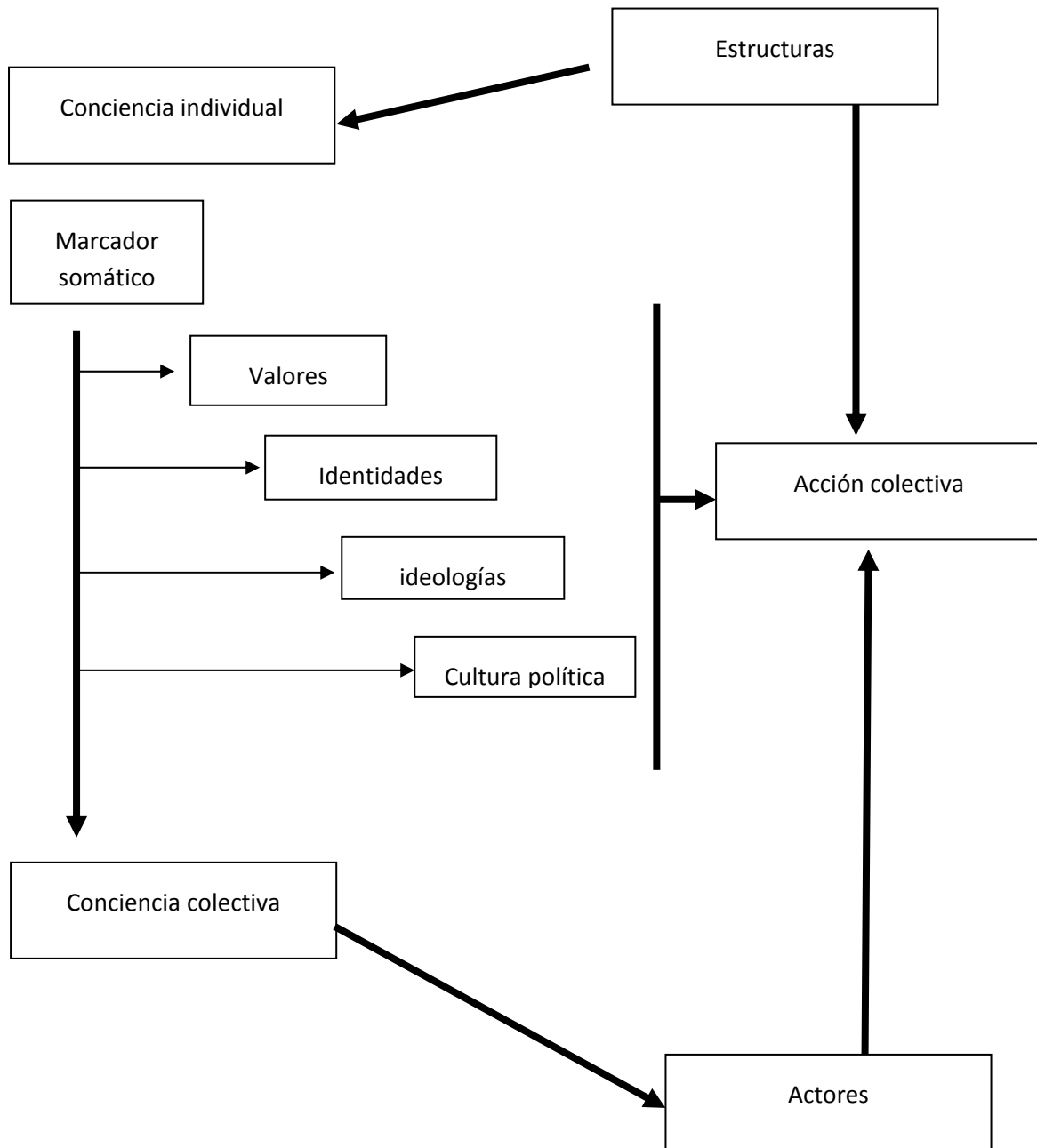
Los elementos apuntados, obviamente, están en la base de todos los procesos de movilización orientados a la democratización, que requieren previamente de una articulación de la sociedad civil que, en última instancia, permita la modificación de los

filtros que previamente legitimaban el sistema o paralizaban la acción. Ni qué decir tiene que el proceso de modificación de marcadores somáticos está fuertemente relacionado con la politización, entendido como el proceso por el cual fenómenos previamente identificados como privados son valorados más adelante como políticos en la medida en que responden a desigualdades o fracturas de carácter estructural. En consecuencia, nuevamente, la articulación de una mínima sociedad civil es la base para la emergencia de identidades politizadas (tras un proceso de autorreconocimiento y de reconocimiento externo que finalmente conduce a la demanda de reconocimiento político) y de discursos politizados. Ambos procesos, en cuya cumbre estaría la creación de identidades e ideologías, permiten modificar los filtros explicando el cambio de valores, y en consecuencia, el cambio de la cultura política de una sociedad.

Siguiendo el hilo argumental, como decíamos, la existencia de pautas de orientaciones o actitudes ante la política comunes en determinados espacios se caracteriza por medio del concepto de **cultura política**. No obstante, pretender que en un determinado país exista una única cultura política es excesivamente arriesgado. Obviamente, la influencia de las estructuras sobre la conciencia explica la existencia de culturas políticas dominantes, alimentadas por el sistema económico, cultural, político, etc. y transferidas a las personas gracias al papel mediador de los medios de comunicación y la comunidad política (partidos sistémicos) y la comunidad económica.

Sin embargo, además de poder identificar sub-culturas políticas de sectores específicos de la sociedad (subcultura juvenil, trabajadora...), es posible (y necesario, como hemos visto) que los actores principales de la sociedad civil (que como justificaremos más adelante identificamos con los movimientos sociales), generen sus propias culturas políticas, que en ocasiones pueden asociarse con contra-culturas por su carácter rupturista con el modelo dominante. Ello implica que los movimientos sociales deben trabajar en la difusión interna de sus valores, tratando de ampliar los receptores de sus discursos.

Marcador somático como filtro entre la conciencia y otras variables



Fuente: elaboración propia

Pero, insistimos, junto a esta dimensión defensiva orientada a evitar los efectos perversos de la colonización del mundo de la vida por los sistemas económicos y políticos, los movimientos sociales también presentan una vocación proactiva orientada a ejercer la influencia, o en algunos casos, y de forma reciente especialmente en los regímenes no democráticos, a cambiar el poder.

En consecuencia, estas contraculturas tratan de ser difundidas horizontalmente, para fortalecer la sociedad civil, y verticalmente, para afectar al sistema.

Dejando de lado la cuestión de los valores, las ideologías y las culturas políticas, quisiéramos detenernos en el peso que las **identidades** tienen y a buen seguro tendrán en el futuro como uno de los elementos centrales para comprender los conflictos y los procesos de cambio en la sociedad de la información. Se hace necesario, en consecuencia, poner un poco de orden en la cacofonía identitaria en la que nos encontramos, tratando de encontrar patrones comunes para pautas identitarias tan variadas como las que se visualizan en un continuum que va de las identidades más débiles estilo “identidad bricolaje” (Gatti, 2002; Bauman, 2010) a las identidades más fuertes (Castells, 1998) que están detrás de crecientes movimientos xenófobos o fundamentalistas. Todo ello, obviamente, marcado por el actual proceso de globalización. Nos adentramos, pues, en el segundo eje de análisis: el que relaciona el ambiente de la conciencia con las estructuras.

Como sabemos, las identidades son fuentes de sentido construidas a través de un proceso de individualización que adquiere sentido a partir de un centro simbólico organizador. En consecuencia, interesa delimitar los contornos de ese centro; identificar cómo, desde qué, por quién y para qué son construidas las identidades. Para identificar ese centro articulador tenemos que tener en cuenta, con Castells (2000), que para la construcción de una identidad se utilizan los materiales de la historia, la geografía, la biología, las instituciones productivas y reproductivas, la memoria colectiva, las fantasías personales, los aparatos de poder y las relaciones religiosas. A su juicio “*los individuos, los grupos sociales y las sociedades procesan todos esos materiales y los reordenan en su sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados en su estructura social y su marco espacio/temporal*”. Desde esta atalaya, Castells es capaz de sentar una hipótesis de gran relevancia para entender la evolución de la identidad en un contexto globalizado: “*en términos generales, quién construye la identidad colectiva, y para qué, determina en buena medida su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifican con ella*” (Castells, 1998: 29).

Dicho de otra forma, la construcción social de la identidad tiene lugar en un contexto marcado por unas relaciones de poder. Desde esta perspectiva, si aceptamos el papel del Estado como la estructura política por excelencia de la modernidad (Valles, 2010),

podemos entender que la identidad nacional haya asumido la centralidad en la articulación de la identitaria hasta fechas recientes. Una identidad nacional que incluso ha primado frente a otras formas de adscripción, también potentísimas durante siglos, como han sido unas lealtades de clase que pocas veces han sido capaces hacer cierta la máxima de Marx de que “los obreros no tienen patria” (como se mostró especialmente en las confrontaciones bélicas del siglo XX en Europa).

El análisis de la identidad ha sido relativamente simple hasta fechas recientes, en la medida en que durante la modernidad resultaba relativamente sencillo identificar el centro simbólico referencial de las identidades. Sin embargo, en los nuevos tiempos de la globalización, esta tarea será más complicada. Entre otras cosas porque el poder ya no se localiza tan fácilmente como antaño. Efectivamente, la globalización está poniendo a prueba las formas de organización social y política tradicionales en la medida en que se están modificando enormemente los referentes no solo espaciales sino también temporales de la modernidad.

Así, a juicio de Bokser y Salas (1999) asistimos a un complejo proceso de emergencia de nuevos universos identitarios que encuentran caldo de cultivo en varios procesos complementarios: de una parte, la desterritorialización y porosidad de las fronteras desvinculan y conectan las identidades con nuevos espacios geográficos que van más allá de sus estrechos márgenes originarios; en paralelo, las interacciones actuales entre lo global y lo local (con todos los niveles intermedios que entraña) se establecen de forma novedosa e impredecible, generando nuevas oportunidades para la articulación identitaria; además, asistimos al repliegue del Estado como elemento central de la acción y decisión política, de forma que éste deja de ser el único centro de definición identitario; de igual forma, las nuevas identidades aportan nuevas respuestas a la búsqueda de refugios de seguridad sobre todo en un contexto marcado por el vertiginoso cambio al que nos enfrentamos; finalmente, la emergencia de los nuevos universos identitarios se apoya en la articulación de redes nuevas y flexibles que permiten a los actores interactuar en una dinámica de geometría variable. Es por ello que a la hora de analizar la identidad en el tiempo de la globalización, debemos tener en cuenta que esta se construye “*en diversos ámbitos o paisajes institucionales -ya sean territoriales, comunales o religiosos- y en diversos escenarios político-ecológicos -locales,*

regionales, nacionales- en el marco de un contexto global en el que interactúan, se intersectan y traslapan y sus componentes se rearticulan” (1999, 30).

Como hemos apuntado, una forma de poner orden para abordar el complejo panorama identitario de nuestras sociedades es apoyarnos en dos aproximaciones contemporáneas y aparentemente contradictorias que, en última instancia, aportan mayor o menor valor a dos tipos de identidad: las identidades débiles y las fuertes. Así, el peso de las segundas, especialmente las comunales, impregna el análisis de la sociedad red de Castells. En paralelo, las identidades débiles son el sustrato del “arte de la vida” entendido como “bricolaje electivo” que sirve de nota dominante de la sociedad líquida de Bauman.

Muchos autores, entre ellos Ulrich Beck, consideran que los procesos de individualización que se aceleran con la globalización favorecen la desintegración de formas sociales previamente existentes. Ello se observa, por ejemplo, en la creciente fragilidad de categorías como clase y status social, de los roles de género, del peso de la familia o el barrio. También se observa en el colapso de las biografías, de los marcos de referencia y los roles enmarcados en el estado-nación. De igual forma, la creciente individualización también supone que nuevas demandas, controles y obligaciones se imponen sobre el individuo. De esta doble constatación se infiere que la individualización creciente nos lleva a una vida electiva, a una vida donde la responsabilidad nos recae como individuos y no como colectivo. Es, ésta, una vida de “háztelo tu mismo”. Nos convertimos en el “homo options” de Sartre. Así pues, parecería que el marco de acción de los sujetos pasa a ser un marco no social basado en la auto-formación de uno mismo. Ganamos en libertad. Sí. Pero, a costa de vivir en la una cuerda floja, constantemente abocados al riesgo de fracasar a la hora de escoger la opción adecuada.

Este cambio de escenario da paso (en la dimensión vertical de la influencia de las estructuras en los actores) a un individuo fragmentado y lleva (en la relación entre la conciencia y las estructuras de un lado y actores individualizados de otro) a que las identidades colectivas fuertes basadas en el estado-nación (incluso las ideologías) pierdan vigencia, pues los parámetros sobre los que se asentaban dejan de existir o se redefinen. Ante esta crisis nos encontramos con un seguido de identidades abiertas que se escapan de estos parámetros y que dejan atrás los mecanismos tradicionales de

ubicación social basados en la inmovilidad. Es decir, la idea de construir una identidad para toda la vida basada en el trabajo o la nación ya no es válida para la mayor parte de la gente. De hecho, más que hablar de la identidad, en estos tiempos sería más correcto referirnos a las identidades, a identidades múltiples e híbridas, incompletas y condicionadas unas por otras; en definitiva, identidades débiles (Gatti, 2002).

Esta perspectiva que se inicia con los teóricos de la modernidad tardía alcanza su culmen en una obra, la de Bauman, que identifica el proceso de construcción de identidades en nuestra época como un “el arte de la vida” entendido como un proceso personal de bricolaje del “yo”.

La práctica del arte de la vida, de convertir la vida propia en obra de arte, equivale en nuestro mundo moderno líquido a estar en estado de transformación permanente, a redefinirse perpetuamente a uno mismo mediante el proceso de llegar a ser otro personaje distinto al que se ha sido hasta ahora. Y “convertirse en otra persona” significa dejar de ser lo que se ha sido, romper y sacudirse el molde de nuestra forma anterior, como hace una serpiente con su piel vieja o un crustáceo con su caparazón (Bauman, 2010: 194)

El arte de la vida entendido como construcción de la identidad es para Bauman una “autodestrucción creativa” encubierta de “autoafirmación”. Pero poder entender las consecuencias de esta aproximación es importante entender la forma en que acontecen dos desplazamientos previos: los que modifican los conceptos modernos de igualdad y fraternidad en esta sociedad líquida.

Efectivamente, en su perspectiva, esta configuración identitaria tiene efectos sobre los valores; de forma que la máxima de la igualdad de la modernidad se ha transformado en nuestros tiempos en demanda de paridad. Así, aunque en la modernidad eran las disparidades verticales las que articulaban potentes ideologías y vertebraban conflictos en búsqueda de la igualdad, ahora asistimos a un panorama caracterizado por escasas resistencias que a lo sumo dan pie a acciones compensatorias marginales y con objetivos limitados. Parece, pues, que las diferencias verticales pierden poder movilizador. Sin embargo, en paralelo, no dejan de ampliarse las diferencias horizontales, de forma que las luchas por la obtención del reconocimiento “*ocupan el lugar que antes tomaban las revoluciones*”. Estas luchas por el reconocimiento, a las que Castells también otorga un papel destacado, como veremos, se sustentan en una

demanda: “*el derecho a ser partícipes del juego, a anular el veredicto de exclusión o a conjurar la posibilidad de que tal veredicto se aplique en el futuro*” (Bauman, 2010: 173). En definitiva, el derecho a “ser iguales” se sustituye por el derecho a “ser” y “seguir siendo diferentes”, sin que por ello se nos niegue ni la libertad ni el respeto.

En paralelo a la transformación de la demanda de igualdad en paridad, esta sociedad líquida se caracteriza por el desplazamiento del concepto de fraternidad (elemento en última instancia vertebrador del “nosotros” que subyace a toda identidad) al de “red”. Un cambio de efectos inmediatos para nuestra ubicación en el mundo, que vincula la conciencia con la dimensión colectiva de los actores, de forma que

si la fraternidad implicaba una estructura preexistente que predeterminaba y predefinía las reglas vinculantes para la conducta, las actitudes y los principios de la interacción, las redes carecen de historia previa: nacen en el transcurso de la acción y se mantienen con vida gracias a sucesivos actos comunicativos. A diferencia del grupo o de cualquier otra clase de “todo social”, la red es de adscripción individual y está centrada en el individuo: el individuo focal, el centro, es su única parte permanente e irremplazable. (ibíd., 173)

A su juicio, estas redes están conectadas por lazos extremadamente frágiles, fluidos; tanto como la identidad central de la red. En consecuencia, el sentimiento de pertenencia “*deviene en sedimento (blando y movedizo) de identificación*” (ibíd., 174).

Desde esta perspectiva, la persona, especialmente las generaciones más jóvenes, asumen una lógica en la que su recorrido vital es una constante renuncia al pasado (un pasado que hay que abandonar precipitadamente en el proceso de bricolaje) sin perspectiva de futuro. De tal suerte que se impone el presente en una forma de tiempo puntillosa, entendida no como un continuum coherente, sino como una secuencia inconexos de puntos cada uno de los cuales puede ser una oportunidad. Por eso, los jóvenes “*no esperan que la vida les revele lógica alguna, sino que les depare algún golpe de fortuna o que les deje alguna piel de plátano traicionera tirada en la acera*”. Se impone en consecuencia el principio del placer. “*Un momento desagradable es un momento desperdiciado. Como es imposible calcular qué clase de ganancias futuras (si es que las hay) les puede reportar el sacrificio presente ¿por qué iban a renunciar al placer instantáneo que pueden exprimirle al “aquí y ahora” y que pueden disfrutar in situ?*” (ibíd., 179).

Se institucionaliza, así, una lógica que permite a la sociedad de consumidores desarrollar, en grado superlativo “la capacidad de absorber el disenso que, al igual que todos los tipos de sociedades, pueda producir, para reciclarlo luego como recursos de su propia reproducción, fortalecimiento y expansión” (Bauman, 2007b: 73).

La estrategia de vida de un consumidor hecho y derecho viene envuelta en visiones de “un nuevo amanecer”. Pero, para utilizar la metáfora del joven Marx, esas visiones vuelan hacia el fuego, como la mariposa, y no hacia el resplandor del sol universal que se esconde aún detrás del horizonte. En la moderna sociedad líquida las utopías comparten terreno con el resto de emprendimientos colectivos que llaman a la solidaridad y la cooperación: han sido privatizadas, concesionadas (“subsidiarizadas”) al cuidado y la responsabilidad de los individuos. En esas visiones de un nuevo amanecer es más que evidente la ausencia de un cambio de escenario: sólo se puede aspirar a cambiar, y por cierto “mejorar”, la situación individual del observador, y por lo tanto su oportunidad de disfrutar las delicias y encantos del apisaje a la vez que evitar toda vista desagradable o directamente repulsiva (ibid., 74)

Bauman, en este orden de cosas, recuerda que “*los científicos sociales equipararon la “civilización” con unos sistemas centralizados de coerción y adoctrinamiento*”, lo que les llevó a interpretar “*erróneamente*” el afianzamiento de la sociedad de consumidores como “*proceso descivilizador*”

Lo que en realidad ocurrió fue el descubrimiento, la invención o el surgimiento de un método civilizador *alternativo* (un método menos engorroso, menos costoso y, relativamente, menos conflictivo, pero, por encima de todo, un método que dejaba más libertad y, por consiguiente, más poder en manos de sus detentadores), de un modo alternativo de manipular las probabilidades conductuales necesarias para sustentar el sistema de dominación representado como orden social (Bauman, 2010: 222)

En definitiva, por medio del consumo, el panóptico se introduce en nuestras carnes (Bauman, 2010)

Esta aproximación permite contrastar los contornos de la identidad casi unívoca, dura e histórica de la época moderna con las actuales lógicas de travestismo identitario, de flexibilidad y urgencia en el cambio de piel, con la limitación de los lazos de pertenencias previos; en definitiva, permite confrontar las identidades más débiles que están presentes en nuestras sociedades globalizadas (o líquidas en palabras de Bauman),

con las identidades fuertes (ligadas preferentemente a la nación o la clase) de la modernidad.

Sin embargo, adoptar únicamente esta perspectiva a la hora de comprender el problema de la identidad en nuestros tiempos entraña un problema doble. En efecto, el peso de estas identidades débiles no es igual en todos los rincones del planeta. Como veremos a continuación, este proceso de bricolaje reflexivo no está al alcance de toda la población del planeta.

Por otra parte, es importante subrayar que, incluso en las sociedades occidentales avanzadas, el espejismo consumista sobre el que se sostiene este “arte de la vida”, a la larga se muestra como una trampa para la mayor parte de la población. Y esto es así ya que *“si ser libres significa ser capaces de actuar conforme a los deseos propios y de perseguir la realización de los objetivos que nosotros mismos hemos elegido, la versión consumista y moderna líquida del arte de la vida tal vez prometa libertad para todos, pero solo la da en pequeñas dosis y de manera selectiva”* (ibíd., 199). Dicho de otra forma, el consumo, como analizaremos, permite al individuo aumentar su necesario bienestar, pero lo hace de una forma sui géneris, en la medida en que el bienestar pronto se torna en malestar que necesita de más consumo para recuperar el equilibrio homeostático (Lipovetsky, 2007).

Como decíamos, la visión de Bauman se asienta en la importancia de la reflexividad; uno de los rasgos ya presentados de la modernidad tardía de Giddens. Ciertamente, las identidades débiles solo se entienden en un contexto en el que *“la planificación de la vida organizada de forma reflexiva se convierte en el rasgo central de la estructuración de la identidad propia”* (1991, 54). No obstante, para Castells (1998), los rasgos de la sociedad en red cuestionan los presupuestos de la construcción de la identidad en los términos citados. A su juicio, los tiempos actuales están marcados, de un lado, *“por la disyunción sistémica de lo local y lo global para la mayor parte de los individuos y grupos sociales”*. A su vez, la sociedad en red se caracteriza *“por la separación de diferentes marcos temporales de poder y de experiencia”*. En consecuencia, objetivamente, la planificación reflexiva de la vida es imposible excepto para una elite dominante que *“habita en el espacio atemporal de los flujos de las redes globales y sus localidades subordinadas”*. Aún más, esta disyunción entre lo global y lo local en la experiencia de los seres humanos tiene efectos sobre la articulación de lo social.

En estas nuevas condiciones, las sociedades civiles se reducen y desarticulan porque ya no hay continuidad entre la lógica de creación de poder en la red global y la lógica de asociación y la representación en las sociedades y culturas específicas. Así que la búsqueda de sentido tiene lugar en la reconstrucción de identidades defensivas en torno a principios comunales. La mayoría de la acción social se organiza en la oposición que existe entre los flujos no identificados [de poder] y las identidades aisladas [identidades locales desconectadas de los nodos de creación de sentido global].

¿Cuáles son, entonces, los mimbres de la articulación identitaria en la sociedad red?
¿Sobre qué ejes se articulan las identidades en un mundo en el que los flujos del poder no siempre permiten el acceso igualitario de lo local a las oportunidades globales?
Como ya hemos apuntado, la clave para entender la construcción social de la identidad en nuestros tiempos está, para Castells, en las relaciones de poder. Por ello, para entender los contornos de la identidad en la sociedad en red se debe entender la forma en que diversos nodos de poder potencian diversos tipos de identidades. Y estas identidades son las que en última instancia pueden permitirnos identificar los sujetos de cambio en nuestra sociedad. Dicho de otra forma, la acción más o menos proactiva de los individuos con respecto a las estructuras dependerá de la forma en que tres tipos de identidades prominentes en nuestros tiempos puedan ser portadoras o no de sujetos de cambio social.

Para Castells, la lógica del poder de la sociedad en red promueve, en primer lugar, una identidad legitimadora del statu que es introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales. Esta identidad legitimadora es portada, a juicio de Castells, por actores sociales y estructurados que reproducen (aunque en ocasiones de modo conflictivo) las fuentes de la dominación estructural. Sus organismos reproductores son las iglesias, los sindicatos, los partidos, las cooperativas y muchas asociaciones cívicas que, por una parte prolongan la dinámica del estado y, por otra parte, están arraigadas en la ciudadanía. En definitiva, son instrumentos mediadores que permiten una acabada colonización del mundo de la vida por parte de unos sistemas políticos y económicos que transforman las pautas deliberativas de la sociedad civil en pautas basadas en el poder y el dinero.

A pesar de todo, esta vinculación entre sociedad civil y el estado en torno a una identidad similar, es la que explica que en algunos momentos de la historia hayan sido

organizaciones de la sociedad civil las que, interactuando conflictivamente, han modificado al Estado. Efectivamente, la identidad colectiva y su eficacia para el cambio social se vertebraron en torno a estos actores durante la modernidad. Pero, para Castells, en la actualidad, los sujetos de cambio *“cuando se construyen ya no lo hacen basándose en estas sociedades civiles, que están en proceso de desintegración”*. En consecuencia, la integración proviene de fuentes externas a la sociedad civil: los apuntados sistemas colonizadores. De forma complementaria, el abordaje de Castells a las identidades de legitimación (que aunque Castells no lo hace, puede verse como expresión de la colonización de la sociedad civil por el Estado) se fortalece si incluimos en esta variante identitaria la pluralidad de identidades débiles, de procesos de travestismo identitario, en definitiva las identidades líquidas que subyacen a la lógica del arte de la vida de Bauman (fuertemente relacionado con el consumo, y en consecuencia, con la influencia del sistema económico sobre la sociedad civil).

Así, tan legitimadoras del statu quo serían unas identidades sindicales (absorbidas por el sistema político a través de mecanismos vinculados con el poder –negociación con el Estado- y el dinero –dependencia financiera- incapaces de crear un sujeto de cambio en el actual contexto de crisis financiera y de recorte al Estado de Bienestar), como las identidades “bricolaje” que potencia el actual sistema de consumo en las sociedades occidentales. En las primeras la centralidad se sitúa en el estado, en las segundas en el mercado. Pero en ambas, la lógica es la legitimación de lo instituido. La colonización efectiva del mundo de la vida provoca que, en ambos casos, los grupos y los individuos renuncien a su papel de agentes de vertebración comunitaria, de una parte, y de cambio social, de otra, reforzando las estructuras instituidas.

La segunda de las identidades que se proyectan en la sociedad red es, para Castells, la identidad de resistencia comunal. Esta es una identidad *“generada por actores que se encuentran en posiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad”*. Estas identidades de resistencia subyacen al auge del integrismo cristiano o islamista, al resurgir de comunidades territoriales como las maras o algunos movimientos nacionalistas radicales y excluyentes, e incluso al orgullo de la “autodenigración” de la cultura *queer*... y podríamos añadir, ciertas expresiones nihilistas del conflicto como las

que de forma creciente se visualizan con la implosión violenta en las periferias urbanas de París o Londres.

Son, en última instancia, la expresión de la “*exclusión de los autoexcluidos*”. *Es decir, la construcción de una identidad defensiva en términos de las instituciones / ideologías dominantes, invirtiendo el juicio de valor mientras que se refuerza la frontera*”. El problema es que estas identidades, si bien se oponen al statu quo y se enfrentan a las lógicas de poder de la globalización, lo hacen de forma reactiva y excluyente, en forma de trinchera que trata de salvaguardar la pureza de una comunidad preexistente (o de nueva creación) que amenaza con sucumbir ante los embates del tsunami globalizador.

Estas identidades de resistencia reactivas, se asientan, así, en una búsqueda de seguridad en el pasado, en las redes comunitarias preexistentes, en sus valores, en sus dinámicas, asociadas a una arcadia pasada de felicidad y certezas que se contraponen a un mundo en constante cambio y movimiento. Son identidades de resistencia antimodernas, que se expresan en movimientos patriarcales que se oponen a la incorporación de la mujer al mundo político y económico; y que recluyen a la mujer al papel afectivo y reproductivo en el mundo de la vida; son identidades de resistencia religiosas, integristas cristianas o islámicas, que reniegan de la secularización; son identidades de resistencia locales, de comunidades dominadas por el hombre, blanco, anglosajón y protestante que reaccionan al multiculturalismo... En última instancia, son resistencias defensivas sin proyecto alternativo más allá de sus confines antimodernos, necesariamente encerrados en sí mismo. Son, ciertamente, sujetos de conflicto. Pero no son portadoras de un proyecto proactivo de cambio social.

Precisamente, la tercera de las identidades es definida por Castells como la identidad proyecto que se da cuando los actores sociales “*basándose en los materiales culturales de que dispone, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social*”. Esta identidad proyecto, en definitiva, produce sujetos entendido como el tránsito de la individualidad a la acción sobre la base de dos afirmaciones: la del individuo contra las comunidades y la del individuo contra el mercado.

Los sujetos no son individuos, aun cuando estén compuestos por individuos. Son el actor social colectivo mediante el cual los individuos alcanzan un sentido holístico en su experiencia. En este caso, la construcción de la identidad es un proyecto de una vida

diferente, quizás basado en una identidad oprimida, pero que se expande hacia la transformación de la sociedad como una prolongación de este proyecto de identidad (Castells 1998: 32)

Dicho de otra forma, son identidades de resistencia proactivas aquellas que se asientan en una redefinición del nosotros en claves inclusivas, reticulares, que permiten la conexión, la conexión de resistencias, y sobre todo que buscan un nuevo proyecto de sociedad que se asiente en el respecto de la tradición, de lo local, pero encarando el futuro con el orgullo de saber que es posible enfrentarse a él con un proyecto propio, que compatibilice lo pequeño, lo singular, lo local, con lo grande, lo plural y lo global.

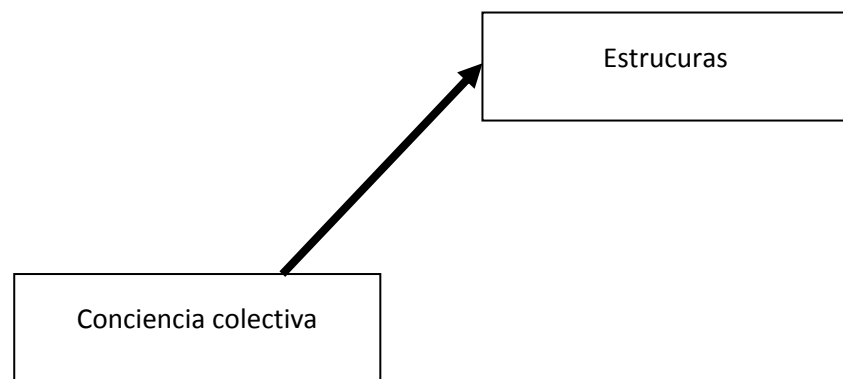
2.4- Conectando la conciencia con las estructuras

Como estamos viendo, una forma de visualizar la potencialidad de este acercamiento al ambiente natural y el de la conciencia es relacionarlo con las estrategias de los actores de una parte, y con el contexto estructural, de otra. Es decir, tratar de ver cómo la conciencia afecta o refuerza las estructuras y cómo la conciencia afirma o diluye el papel activo de los actores. Si nos acercamos a la segunda de las dimensiones, podemos acordar que actualmente estamos en un contexto que se caracteriza por una conciencia cuyo punto de partida es la percepción de una clara separación de las estructuras de sus agentes originarios. Si nos acercamos a la primera de las dimensiones (la que liga la conciencia con los actores y sus acciones), podemos acordar que actualmente priman estrategias que defienden el statu quo de una parte, y estrategias que se oponen a éste, pero a partir de lógicas de resistencia reactiva. Incluso, si apuramos, podemos ver cómo identidades de legitimación de muchos líderes europeos se acercan peligrosamente a las identidades de resistencia, atraídos por los cantos de sirena de la extrema derecha.

Si queremos analizar la relación actual entre conciencia y estructuras (cómo la conciencia afecta a las estructuras) debemos situarnos en un contexto, marcado por una triple crisis de escala planetaria, que abarca el ámbito ecológico (Reichman, 2004), el político (Ibarra, 2011; Judt, 2011) y el económico (Navarro, 2011) y que se concreta en el agotamiento del planeta, en la creciente desafección democrática y, de forma más inmediata, en la perplejidad e impotencia a la hora de redireccionar unas fuerzas del

mercado que aparecen ahora, más ciegas que nunca. Estas tres crisis, refuerzan una concepción (conciencia) que se asienta en la consideración por parte de los individuos de la creciente separación de los actores de las estructuras, sobre todo porque aparentemente, la agencia ha perdido fuerza, dejando de mediar entre ambas dimensiones, de forma que la influencia fundamental es de arriba abajo (estructuras influyen a los actores), sin que parezca que sea posible reequilibrar la relación permitiendo una mayor permeabilidad de las estructuras a la movilización e institucionalización de los actores.

Relación entre conciencia y estructuras



Fuente: elaboración propia

Consideramos que las tres crisis mencionadas, que se concretan en la visualización por parte de las personas de su incapacidad para ser dueños de su futuro, y refuerzan un sentimiento de fondo (en términos de Damasio), punto de partida de la conciencia individual, que se caracteriza por una creciente sensación de inseguridad ante la realidad a la que nos enfrentamos. Esta sensación de inseguridad se acrecienta, a su vez, por el recurso del miedo como instrumento de legitimación del poder (Bauman, 2007; Klein, 1997).

Este doble punto de partida de la conciencia en los tiempos actuales, como veremos más adelante, es la consecuencia de la afección de las estructuras sobre la conciencia. Pero en este momento estamos analizando esta relación en su otra dirección, explicando cómo la conciencia puede reforzar o cambiar las estructuras.

Desde esta perspectiva, el punto de partida en el que nos situamos es el de un sentimiento de fondo basado en la sensación de inseguridad acrecentada en los tiempos

de la globalización, de una parte, y en la instrumentalización del miedo como elemento legitimador de las instituciones políticas en un contexto de repliegue del estado como consecuencia de la ofensiva neoliberal, de otra.

Este sentimiento de fondo nos impele a vernos como objetos de unas estructuras que se nos escapan... Pero ¿esto es realmente así? ¿Somos simples convidados de piedra de una partida en la que se decide el destino de nuestras vidas?... Salir de (o disolver) este laberinto sin aparente salida requiere de una reflexión previa sobre la relación entre la acción humana y las estructuras en las que intervenimos. Una relación en cuyo centro se sitúa la conciencia.

Como hemos apuntado ya a lo largo de este Tema, desde algunas perspectivas, se entiende que la acción humana está totalmente mediatizada por las estructuras en las que esta se inserta. Se considera que son las estructuras políticas, sociales, económicas, las que condicionan e incluso determinan nuestros actos. Desde este prisma, en definitiva, el sujeto social deviene en un simple objeto. En estos tiempos de globalización, en consecuencia, no hay alternativa. Por el contrario, desde otras aproximaciones, se considera que es la acción humana la que conforma las estructuras políticas, sociales y económicas. El sujeto social es la base de toda realidad y en consecuencia, la puede modelar y transformar a su gusto. Sin embargo, esta perspectiva, optimista, se ve cuestionada por la realidad. La confianza ciega en la acción humana no ha logrado concretarse en un proyecto transformador capaz de liberar a las personas de todas sus ataduras. Ciertamente, el programa liberador de la modernidad no solo no se ha realizado en toda su plenitud, sino que, últimamente, la percepción generalizada es que el ser humano puede hacer poco para transformar el actual engranaje de complejas palancas que determina su futuro.

Tratando de superar estas aproximaciones contradictorias (la que considera que es la acción la que determina las estructuras; la que entiende que las estructuras determinan nuestros actos), en esta asignatura analizamos la acción humana fundamentándola en su carácter relacional a partir de la perspectiva que hemos adoptado y sistematizado de la mano de Sztompka; es decir, basada en la interacción cotidiana y el intercambio permanente que se produce en ella. Desde este acercamiento relacional, la praxis (práctica) del actor social está condicionada por las normas (e instituciones; en definitiva, por las estructuras) que -realimentadas desde el pasado- definen una serie de

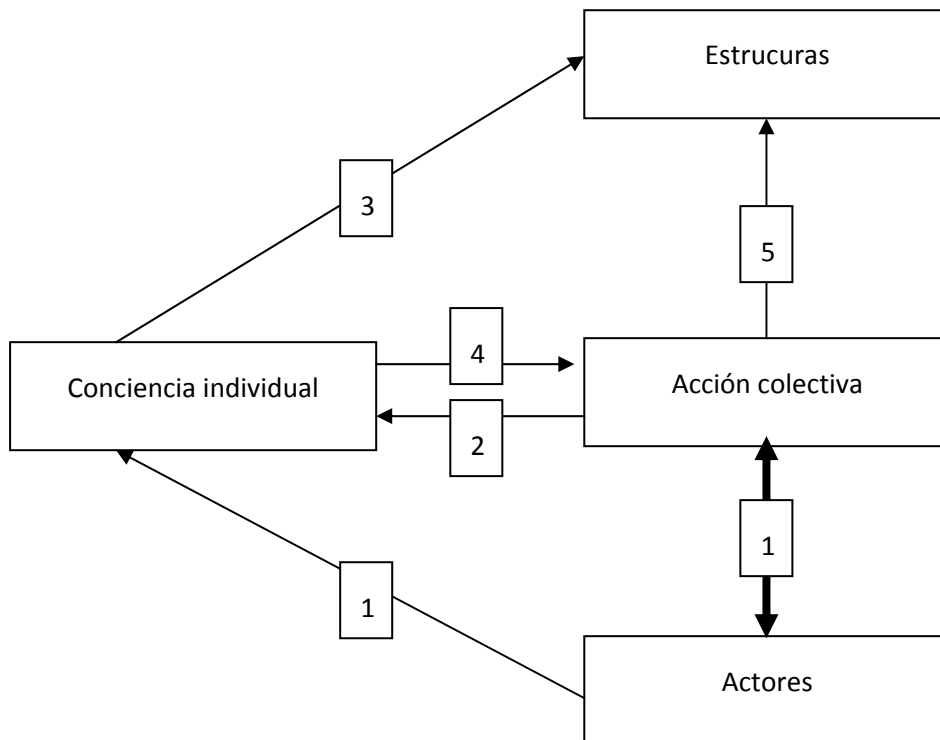
pautas a seguir, sobre la base de una asimétrica distribución de recursos para la acción. Pero esos condicionamientos estructurales influyen en la acción tanto de modo limitador, como facilitador: establecen oportunidades y limitaciones. Por lo tanto, posibilitan la acción libre y creadora (el actor siempre tiene la posibilidad de no reproducir la pauta de acción institucionalizada y accionar de otro modo, incluso de un modo inédito), al tiempo que la limita (dentro de unos condicionamientos que restringen aunque no determinan mecánicamente). Subrayamos, por lo tanto, el carácter dual de la acción humana; es condicionada y condicionadora, creada y creadora, influenciada e influyente (Giddens 1994).

Desde esta perspectiva, a la hora de entender la forma en que se relaciona la conciencia con las estructuras, debemos insistir en elementos ya apuntados: la estructura social se entiende a partir de ese mismo carácter dual. Las instituciones y estructuras sociales son el producto de las acciones de los actores; y, al mismo tiempo, constituyen el entorno condicionador que provee los recursos que hacen posible esas acciones. Ni nos vienen simplemente dadas; ni están bajo nuestro absoluto control. Las estructuras, por lo tanto, no son unas realidades supra-humanas que limitan y coaccionan el comportamiento de los individuos, sino una realidad que forma parte de la acción humana y al mismo tiempo es su resultado. De forma más concreta, podemos agrupar los elementos de la realidad social en dos grandes conjuntos: por un lado, los esquemas culturales, los principios simbólicos que guían el pensamiento y la acción (valores, creencias, ideologías, doctrinas, normas, leyes, rituales...) que conectan directamente con la variable de la conciencia; por otro lado, el sistema de redes de interacción e intercambio (algunas de las cuales conectan con la variable de los actores y otras con la de las estructuras al estar ubicadas estas redes en la comunidad política o económica) que configuran unos determinados espacios o posiciones sociales con base en diferentes principios diferenciadores (recursos económicos, recursos culturales, sexo, religión, etnia,...) que determinan o pueden determinar una asimétrica jerarquía social en la distribución de recursos, oportunidades y poder.

Esquemas culturales y asimétricas redes de intercambio son, por tanto, los elementos que constituyen la realidad social. Esto supone analizar la realidad como una compleja y dinámica red de normas, recursos y relaciones de intercambio que es producida y reproducida por la interacción de los individuos; una red que condiciona la acción de los

individuos y, al mismo tiempo, es condicionada por la acción e interacción de los individuos. Una compleja y dinámica red de relaciones estructuradas que produce diferentes posiciones sociales estructurales que son transitadas por los actores no como individuos sino como actores-red condicionados para su acción por las oportunidades y limitaciones que su ubicación en la estructura social les otorga.

Esas posiciones estructurales constituyen el diferencial punto de partida para su acción; acción que potencialmente es creativa y transformadora, pero que también puede ser meramente reproductora de lo real, del statu quo, como hemos visto. Efectivamente, en función de la posición estructural o el espacio social transitado por los actores, éstos interiorizan de modo personal y creativo (y no mecánico) una serie de modelos, ideas, valores, lecturas de la realidad y recursos para actuar en ella. Dicho de otro modo, según la posición estructural y agencial los actores-red están en relación con unos determinados elementos de la estructura o la realidad social, y no tendrán ninguna relación con otros elementos (recursos, ideas, modelos, pautas de acción...). Es por ello que en el seno de una misma sociedad coexisten formas de vida y de interacción diversas: un mundo donde cohabitan muchos mundos. Un mundo, como vemos, en el que se combina la legitimación con la resistencia; la resistencia reactiva con la proactiva.

Conciencia y afección estructural

Fuente: elaboración propia³

Insistimos, la praxis social de los individuos no es al 100% el resultado directo de su acción intencional, pero tampoco es al 100% el resultado del cumplimiento mecánico de las expectativas sociales institucionalizadas: la praxis social de los actores (la acción que realmente ocurre) es el resultado de una dialéctica entre ambas. Y esas prácticas o praxis sociales son las determinantes fundamentales de la realidad social, ya que son las que determinan a los propios actores, su interacción y las instituciones y estructuras sociales resultantes.

Insistimos de nuevo, las estructuras e instituciones sociales no son estáticas, fijas e inexorables, pero tendremos a percibir las y vivirlas así dependiendo de la praxis que desarrollemos hacia ellas. Si perdemos de vista su origen intersubjetivo, si no percibimos el imaginario que les da vida como un producto humano que se retroalimenta permanentemente en la interacción de los actores-red, tenderemos a

³ Los actores articulan su propia conciencia (1) a partir de sus experiencias individuales, o (2) a partir de su experiencia en la acción colectiva. Esta conciencia puede permanecer dormida (3) respecto a su capacidad de afección estructural o (4) impulsar al actor a la acción colectiva, orientada (5) a la transformación de las estructuras

vivirlas como una realidad que inevitablemente nos determina. En ese momento, la opacidad, el riesgo y la confianza se conjuran contra la actividad humana; contra la responsabilidad republicana (para con la res pública, la cosa pública). Pero, también, desde esta perspectiva relacional encontramos alternativas.

Porque, en consecuencia, desde nuestra perspectiva, los actores-red, en la medida en que desarrollan prácticas de participación en la sociedad civil (es decir, en la medida en que defienden la lógica deliberativa del mundo de la vida, en que protagonizan acciones o estrategias con la intención de influir premeditadamente en los procesos sociales y políticos para evitar o disminuir la colonización de este espacio por los sistemas políticos y económicos), tendrán una percepción descosificadora de la sociedad y sus cambios; es decir, percibirán las instituciones y estructuras sociales como producto humano reversible, reformulable e influenciado. Este es precisamente el reto al que se enfrentan los movimientos sociales, como veremos de la mano de Cohen y Arato cuando nos acerquemos a la variable de los actores. En cambio, en la medida en que los actores-red no desarrollan prácticas de participación y deliberación colectiva (es decir, que en sus redes de interacción no se protagonizan acciones o estrategias con la intención de reforzar la lógica deliberativa de la sociedad civil o de influir premeditadamente en los procesos sociales y políticos), en la medida en que caigan en el ensimismamiento individualista (y los caminos hacia él son casi infinitos) tenderán a una percepción inexorable y cosificadora de la sociedad y sus cambios: es decir, las instituciones y estructuras sociales se percibirán como realidades inexorables, no influenciadas. Y, en consecuencia, la afección de los seres humanos sobre las estructuras será nula.

En este sentido, el discurso dominante sobre el proceso de globalización establece que esos cambios sociales (y por lo tanto el devenir de la convivencia colectiva) son fruto de una evolución histórica inexorable, una etapa más en la supuesta tendencia al desarrollo económico y tecnológico creciente de la humanidad; negando así que esa evolución pueda transcurrir por devenires diversos asentados en la acción humana.

Como podemos imaginar, el discurso dominante que se apoya en el riesgo, la opacidad y la necesidad de confianza⁴, deriva en actitudes “autistas con respecto a las

⁴ Ver Tema 3.

estructuras”. Sin embargo, en reacción o respuesta dialéctica a esa tendencia ideológica-política, en los últimos años también hemos asistido a un resurgir de una agencia humana que pretende tomar las riendas de la globalización. Asistimos, efectivamente, a la oposición radical que se concreta en la emergencia a escala mundial de un movimiento de movimientos que, precisamente bajo el lema de “otros mundos son posibles”, reivindica el carácter creativo de los cambios sociales.

De alguna manera este movimiento de movimientos ha convertido el proceso de globalización (como proceso de cambio de las sociedades) en objeto de conflicto social: ha problematizado esos cambios para que sus consecuencias y su devenir se conviertan en objeto de reflexión, debate colectivo y cuestionamiento político. Es decir, democratizar esos procesos de cambio para desvelar los valores y planteamientos políticos que los guían, discutirlos y aceptar que se trata de procesos de cambio social que no son unívocos e inexorables sino que admiten modelos, opciones y devenires diferentes. Precisamente por eso es imprescindible un acercamiento que analice el cambio y el conflicto político. En última instancia, muestra que, como veremos, los ratones no solo huyen. También tratan de domesticar el gato.

2.5-. Conectando la conciencia con los actores

Llegados a este punto, debemos completar este análisis observando cómo la conciencia afecta a los actores, inhibiendo o activando conductas que tratan de afectar a las estructuras. Para ello debemos explicar las bases (muy humanas) sobre las que se sustentan los tres tipos de estrategia implementadas en los tiempos de la globalización, que se ajustan a las identidades definidas por Castells (1998): las identidades (y estrategias) de legitimación, las de resistencia reactiva y las de resistencia proactiva (o identidades y estrategias proyecto). Bases muy humanas ya que la afección de la conciencia sobre los actores puede ser analizada a partir de los elementos básicos del comportamiento de todo ser vivo. Como hemos visto, de acuerdo con Damasio o Maturana, la clave de la deriva biológica es que todo ser vivo está programado para sobrevivir enfrentándose a cualquier situación externa de incertidumbre que rompa su

equilibrio homeostático a través de los mecanismos básicos de huida del dolor y búsqueda del bienestar. Este es el fundamento de la adaptación.

Sin embargo, aunque como veremos a continuación, las identidades que hemos descrito son todas “comprensibles” desde la perspectiva de la homeóstasis, ello no significa que sean funcionales para el mantenimiento de nuestras sociedades; que sean adaptativas.

Efectivamente, las dos primeras identidades-estrategias de acción no son, a nuestro juicio, adaptativas a medio y largo plazo. Las estrategias basadas en las identidades de legitimación conducen a lógicas que, sin cuestionar el statu quo, están generando crecientes desigualdades a escala planetaria y sobre todo, están profundizando una lógica de “huída hacia delante” que es insostenible a la luz de los cada vez más evidentes límites del planeta. Esta cuestión, unida a la incapacidad (o falta de voluntad) de las estructuras políticas para domesticar las lógicas del mercado, parecen conducir un callejón sin salida en el que la crisis (económica, política y ecológica) ha dejado ser un momento de tránsito entre dos situaciones estables, para convertirse en el hilo conductor de nuestros tiempos. En paralelo, los efectos de las estrategias de legitimación, que cada vez están dejando a masas de población más extensas fuera del acceso al mercado o de la protección del Estado, fortalecen identidades de resistencia agresivas que se confrontan de forma radical y excluyente con el statu quo; cuestión ésta que amplifica la crisis de unas estructuras políticas que, cada vez con más fuerza, deben confrontarse con contra-estados comunitarios que se sublevan con una virulencia inusitada para hacer frente a la actual realidad (como es el caso del integrismo, de los movimientos xenófobos, de las maras latinoamericanas o las milicias norteamericanas) desde lógicas profundamente excluyentes.

Frente a estas dos estrategias que conducen a un callejón sin salida, desde nuestra perspectiva, la tercera de las definidas por Castells, asentada en identidades de resistencia proactivas (o proyecto), es la única que conecta con la esencia de lo humano (Ahedo 2012), en la medida en que se asientan en una redefinición del nosotros en claves inclusivas, reticulares, que permiten la conexión, la conexión de resistencias, y sobre todo que buscan un nuevo proyecto de sociedad que se asiente en el respecto de la tradición, de lo local, pero encarando el futuro con el orgullo de saber que es posible enfrentarse a él con un proyecto propio, que compatibilice lo pequeño, lo singular, lo local, con lo grande, lo plural y lo global. En definitiva, son identidades que se asientan

en una lógica que permite que la suma de las partes sea más que el todo, precisamente porque las partes se reconocen entre sí.

El problema es que las dos primeras estrategias responden de forma certera y rápida a las necesidades más humanas (la búsqueda del placer y la huída del dolor). Pero lo hacen con un falso desvío, a través de sustitutos que, como sucede con las drogas, generan una sensación de placer que, aunque oculta una realidad de sufrimiento y hace más llevadera una vida de crecientes inseguridades, a la larga, no impide que la realidad se acabe imponiendo con consecuencias, en muchos casos, dramáticas.

Efectivamente, las identidades de resistencia ofrecen una salida al sentimiento de fondo basado en la inseguridad gracias a la protección que ofrecen comunidades cerradas sobre sí mismas; comunidades, dicho sea de paso, que glorifican más la muerte que la vida. Sin embargo, no por ello estas comunidades de resistencia dejan de satisfacer los instintos fundamentales en estos tiempos de incertidumbre. Ejemplo de son las maras latinoamericanas, que se nutren como consecuencia del sentido de protección y comunión que aportan a sus miembros, a pesar de que en paralelo, les conducen en un callejón sin salida que acaba en la cárcel o en una cuneta.

Por su parte, las identidades de legitimación se sostienen en una crisis de la identidad colectiva que, como señala Bauman, se suple gracias a una comunión de pertenencia que aporta el consumo. En este sentido, el consumo permite la satisfacción inmediata del impulso más humano: la obtención del placer, aun más necesaria en estos tiempos de perplejidad. Sin embargo, el acceso al consumo no solo no permite superar en el medio plazo la sensación de fondo basada en la inseguridad, sino que la refuerza. De forma que, más allá de la felicidad paradójica que aporta el consumo (Lipovetsky, 2007) se esconde una macabra metáfora de de Bauman, que identifica nuestras sociedades como una bicicleta estática, en la que estamos obligados a pedalear teniendo con dos certezas: la de que no vamos a ninguna parte; y la certeza, más cruel si cabe, de que si dejamos de pedalear nos caemos. Por ello, la amenaza de la exclusión de las redes de consumo en las que amplios sectores de la población encuentran su única fuente de identidad y de gratificación inmediata, aunque no conduce a ningún lado, se convierte en uno de los recursos fundamentales de las estrategias del poder como dominación.

La tercera de las actitudes, sin embargo, se enfrenta a los retos actuales con las armas que permitieron avanzar hasta lo humano: una lógica según la cual la suma de las partes

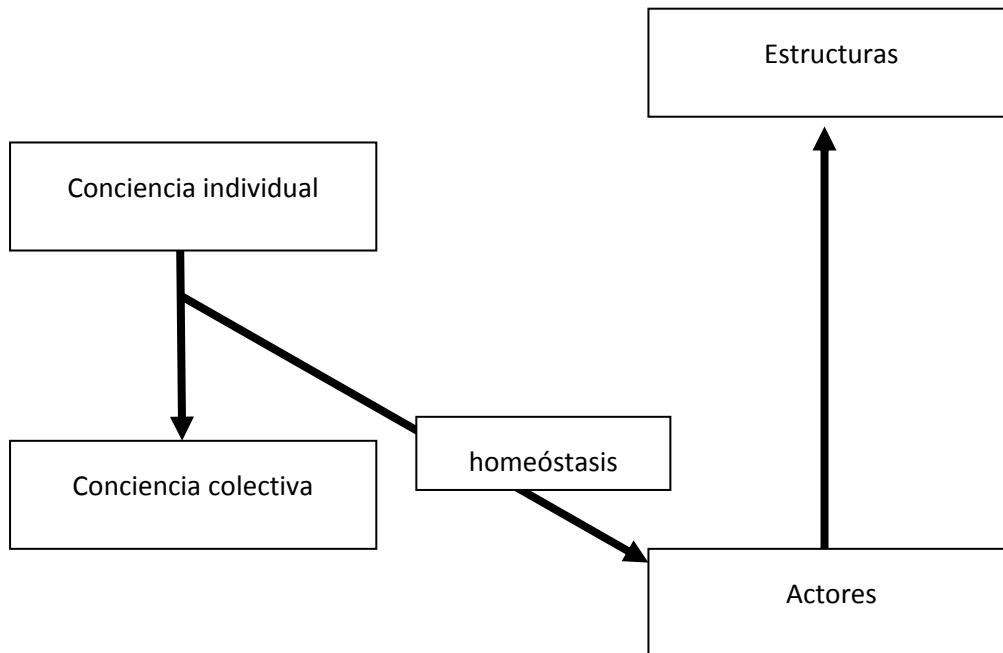
es más que el todo, en la medida en que las partes se reconocen entre sí (Ahedo, 2012). Sin embargo, aunque estas identidades proactivas aportan un bienestar real y adaptativo, no lo hacen con la inmediatez con las que las dos primeras generan la sensación ficticia, pero sensación al fin y al cabo, de bienestar. Como sabemos quienes dinamizamos procesos de participación ciudadana, el bienestar que aporta el trabajo comunitario requiere de un esfuerzo previo que permita romper las barreras de décadas de socialización individualista.

Proyectos como el de Kukutza, que ejemplifican la capacidad de estas iniciativas para aportar grandísimas dosis de bienestar (“nosotras por placer”, comienza el libro que recuerda esta experiencia) han necesitado de una década para consolidarse. Y desgraciadamente solo han bastado tres meses para derribarlo⁵.

No obstante, y a pesar de lo dicho antes, el creciente malestar existente a escala planetaria, unido a la visualización de los límites (y de la funcionalidad para el sistema) de las estrategias de resistencia reactiva, está sirviendo de sustrato para el refortalecimiento de las lógicas de resistencia proactiva, que se manifiestan de forma clara en la primavera árabe o en las recientes movilizaciones de los y las indignadas de todo el planeta. En este sentido, la experiencia inmediata de placer y bienestar, la sensación de “comunidad” que han vivido miles de personas, muchas de ellas por primera vez en su vida, en las plazas españolas entre mayo y junio de 2011 permite visualizar cómo las identidades proyecto también pueden nutrirse y alimentarse de experiencias colectivas que no necesitan de un lento y esforzado trabajo para eclosionar. Pero, si bien esta cuestión es esperanzadora, aterra la perspectiva de que quienes se ven beneficiados de las lógicas del poder como dominación, seguramente no duden, como de hecho no están haciendo ya, para aplicar terapias colectivas basadas en el miedo, que desinhiban las lógicas alternativas del poder como relación (Klein, 2007). En nuestras tierras, el dramático final del centro social okupado Kukutza, derribado sin contemplación tras una ocupación policial del barrio de Rekalde que causó 200 heridos, muestra la terapia de terror que es aplicada a quienes, como estos activistas, trataron de revitalizar un espacio abandonado, “por placer” (Kukutza, 2011).

⁵ Sin embargo, el inmenso despliegue policial que fue necesario para desalojar y derribar Kukutza, causando 200 heridos entre las miles de personas que se movilizaron para defenderlo, muestra hasta qué punto este tipo de iniciativas, cuando logran generar bienestar colectivo, son valoradas y protegidas por la comunidad.

Importancia de la homeostasis como mediación entre la conciencia individual y colectiva y entre ambas conciencias y la posición del actor ante las estructuras



Fuente: elaboración propia

Finalmente, este modelo que aborda el comportamiento colectivo desde sus bases neurológicas también nos puede explicar la razón por la cual las estrategias de resistencia proactiva gozan de cierta capacidad de respuesta precisamente en este momento. En este sentido, creemos que la crisis financiera internacional ha mostrado a amplios sectores de la juventud que el acceso al bienestar en forma de consumo se hace inviable en algunas sociedades (especialmente las árabes) y se restringe en otras (especialmente las occidentales). Así, ante el incumplimiento de la promesa del acceso a la sociedad del consumo de masas, se neutraliza la fuente de bienestar que tan funcional había sido para el sistema, propiciando –hasta fechas recientes– la hegemonía de las identidades de legitimación. La reacción lógica, en consecuencia, es la búsqueda del bienestar en otra parte, o la acción colectiva para mantener ese acceso al bienestar, en forma de revueltas que derrocan regímenes que vetaban este horizonte a la juventud; o en forma de indignación que reclama políticas que salvaguarden el nivel de bienestar alcanzado en Europa occidental desde mediados de siglo pasado. En el primero de los

casos, la aspiración al bienestar que se esconde tras el derrocamiento de regímenes corruptos y opresivos puede limitar el efecto paralizante del miedo. En el segundo de los casos, la aspiración por mantener las cotas de bienestar que se esconde tras el 15m puede limitar el efecto paralizante de un anterior consumo, al que ya no se puede acceder.

Pero, como reverso de la moneda, la alternativa también puede ser la articulación de identidades de resistencia reactiva, en forma de fundamentalismos que ya bebían del fracaso de la modernidad y que pueden fortalecerse caso de que las revoluciones árabes no modifiquen la estructura de poder anterior; en forma de movimientos xenófobos en los países occidentales que beben del miedo al futuro, pero que también se alimentan por el suave, lento, pero inexorable deslizamiento del discursos de muchos líderes políticos incapaces de legitimarse ofreciendo bienestar, que pasan de articular identidades de legitimación a abanderar, aunque sea tímidamente, identidades de resistencia de carácter populista, nacionalista y en ocasiones veladamente racistas.